

Ritmo contra ritmo

--Lo que ocurre en Chile -- me dice mi amigo, arquitecto español -- es una lucha entre el patrón y el obrero; es un asunto de lentitud y de rapidez. El patrón quiere que el obrero trabaje con un ritmo rápido y continuado; al obrero no le da la gana: trabaja con ritmo lento e intermitente. No está acostumbrado a la rapidez ni a la continuidad; más aun: las odia porque pretenden hacerle abandonar su propio ritmo y adquirir otro, extraño. ¿Con qué derecho y qué sale él ganando con ello? El proletariado industrial, amigo mío, no se improvisa ni tampoco se improvisa esa rapidez y esa continuidad en obreros que, sean cuales sean sus oficios, están acostumbrados, desde siempre, a trabajar con un ritmo lento.

--¿Quién ganará esa lucha?

--Lo ignoro, Puedo decirle, sin embargo, que hay pueblos que han salido victoriosos; ese pueblo es el andaluz. Nadie sabe, en Andalucía, cuántos días de la semana va a trabajar un obrero: trabaja el lunes, pero el martes se queda por ahí, hablando de toros y tomando sus copillas; trabaja el miércoles y falta el jueves: se ha ido, con unos amigos, a tocar la guitarra y a cantar. Y así. Total: tres días de trabajo y tres de holganza. Nadie ha podido sacarles del paso y los patronos, cansados de la lucha, lo han aceptado así y hacen sus cálculos contando con ello.

--Es un pueblo de carácter.

--Hay algo peor: he conocido, en Andalucía, suecos y noruegos, a los cuales nadie puede tachar de lentos, que, llegados allí con gran ánimo de empresa, han concluido no sólo por adquirir el ritmo andaluz sino que peor aun, declaran que es el único ritmo compatible con la dignidad humana. Algunos hasta han aprendido a tocar la guitarra.

--Pero los chilenos...

--El chileno, como usted sabe, es muy andaluz. Si a eso le agrega

usted el hecho de que tiene sangre indígena y el de que haya vivido, durante cientos de años, en medio de la placidez de la vida colonial, verá que el asunto es grave.

--De modo que no le ve usted remedio...

--Hombre... Estoy conversando con usted como un amigo y no como un profeta. ¿Tengo acaso cara de adivino?

--En verdad, no.

--Entonces... Como hombre de empresa deseo que ganen los de ritmo rápido; como ser humano, estoy de acuerdo con aquellos suecos y noruegos de que le hablé. Lo malo es que nunca podría aprender a tocar la guitarra: tengo un oído de perro.

Manuel Rojas

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Sucesión Manuel Rojas ©